

ESCLAMACIONES,

Ó MEDITACIONES

DEL ALMA A SU DIOS.

ESCRITAS

POR LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS

EN DIFERENTES DIAS,

*Conforme al espíritu que le comunicaba nuestro Señor, después de haber comulgado,
año de mil y quinientos y sesenta y nueve.*

I.

4. O vida, vida, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas, y faltas? ¿Qué te consuela, ó ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mi, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡O Señor, que vuestros caminos son suaves! ¿Mas quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querria emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dáis vos. ¡O Dios mio! ¡Misericordia mia! ¿Que haré, para que no deshaga yo las grandezas que vos haceis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la mesma sois vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase la voluntad, porque querria que nadie la estorbese á amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quien es su Dios, y deséale gozar, y no vé cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorba, aunque primero fué ayudada en la consideracion de vuestras grandezas, á donde se hallan mejor las innumerables bajezas mías. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oyé sino vos, Padre, y Criador mio? Pues para entender vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino. ¡Mas ay Dios mio! ¿Cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de vos? ¡O vida mia! ¡Qué has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan

importante! Quien te deseará, pues, la ganancia que de ti se puede sacar, ó esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta, y llena de peligros.

II.

2. Muchas veces, Señor mio, considero, que si con algo se puede sustentar el vivir sin vos, es en la soledad; porque descansa el alma con su descanso; puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que dá el haber de tratar con las criaturas, y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. ¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que solo pretende contentaros? ¡O amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee. El de mi Dios, mientras mas amadores entiende que hay, mas crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡O bien mio! Que esto hace, que en los mayores regalos, y contentos que se tienen con vos, lastime la memoria de los muchos que hay, que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte, para que otros le procuren gozar. Mas padre celestial mio, ¿no valdria mas dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? ¡O Jesus mio! ¡Cuán grande es el amor que teneis á los hijos de los hombres! Qué el mayor servicio que se os puede hacer, es dejaros á vos por su amor, y ganancia, y entonces sois poseido mas enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contentá á vos, y vé que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama. Señor mio, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que teneis á los hijos de Adán.

III.

3. Considerando la gloria que teneis, Dios mio, aparejada á los que perseveráren en hacer vuestra voluntad, y con cuantos trabajos, y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teniamos merecido, y lo mucho que merece, que no se desagradezca la grandeza de amor, que tan costosamente nos ha enseñado á amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de vos cuando os ofenden? ¡O Redentor mio!

Y cuán olvidados se olvidan de si, ¿y qué sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordeis vos de nosotros, y que habiendo caído por heridos á vos de golpe mortal, olvidado desto, nós torneis á dar la mano, y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos, y os pidamos salud? Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. ¡O anima mia! Bendice para siempre á tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra él? ¡O, que á los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo vos, mi Dios. ¡O hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo seréis duros de corazón, y le tendreis para ser contra este mansísimo Jesus? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra él? No, que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia. ¡O poderoso Dios mio! Pues aunque no queramos, nos habeis de juzgar; porque no miramos lo que nós importa teneros contento para aquella hora. ¿Mas quién, quién no querrá juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con vos. ¡O Dios, y Señor mio! Al que vos habeis levantado, y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado á contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor; pues no faltais, bien mio de mi alma, á los que os quieren, ni dejais de responder á quien os llama. ¿qué remedio, Señor, para poder despues vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien, como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¡Mas qué desatino os preguntó, Señor mio! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas, y misericordias, y como venistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos, con sufrir tan crueles tormentos, y azotes. Remediastes mi ceguédad, con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡O Señor, Señor! Todo esto lastima mas á quien os ama, solo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros á vos se quiten todas las miserias desta mortalidad.

IV.

4. Parece, Señor mio, que descansa mi alma, considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de vos. Mas querria primero servirós, pues ha de gozar de lo que vos sirvién-

dola á ella le ganastes: ¿Qué haré, Señor mio? ¿Qué haré, mi Dios? ¡O qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades vos, Señor, granjeando, y llamando, para que toda me emplease en vos. ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable, ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas, ó vuestras magnificas obras? ¡O Dios mio, y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podeis vos, Señor, hacer que le torne á ganar. Parece que desalino, pues el tiempo perdido suelen decir, que no se puede tornar á cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡O Señor! Confieso vuestro gran poder: si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Querred vos, Señor mio, querred, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer más, mas se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo que lo hareis vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabeis vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder, y misericordia. Válame Señor esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mio, el tiempo perdido con darme gracia en el presente, y por venir, para que parezca delante de vos con vestiduras de bodas, pues si queréis podeis.

VI.
 5. ¡O Señor mio, ¿cómo os osá pedir mercedes quien tan mal os ha servido, y ha sabido guardar lo que le habeis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿Pues que haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que vos las remedieis? No por cierto, que vos, Señor mio, y deleite mio, sabiendo las muchas que habian de ser, y el alivio que nos es contarlas á vos. Decís que os pidamos, y que no dejareis de dar. Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer Marta, que no solo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto, que su mayor sentimiento era pareciéndole no os doliades vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teniades, como á su hermana, que esto le debia hacer mayor sentimiento, que el servir á quien ella tenia tan gran amor, que este hace tener por descanso el trabajo. Y parece en no decir nada á su hermana, antes con toda su queja fué á vos, Se-

ñor, que el amor la hizo atrever á decir, que cómo no teniades cuidado. Y aun en la respuesta parece ser, y proceder la demanda de lo que digo; que solo amor es el que dá valor á todas las cosas, y que sea tan grande, que ninguna le estorbe á amar, es lo mas necesario. ¿Mas cómo le podremos tener, Dios mio, conforme á lo que merece el amado, si el que vos me teneis, no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? O, que no tengo ninguna razon, porque siempre he visto en mi Dios hartos mayores, y mas crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir, ni desear; si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mio, que os dé con san Agustin, para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordeis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quien es mi Criador, para que le ame.

VI.
 6. ¡O deleite mio, Señor de todo lo criado, y Dios mio! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de vos? ¡O vida larga! ¡O vida penosa! ¡O vida que no se vive! ¡O qué sola soledad! ¿Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuando? ¿Qué haré, Bien mio, que haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡O mi Dios, y mi Criador! Que llagais, y no poneis la medicina: herís, y no se vé la llaga: mataís, dejando con mas vida: en fin, Señor mio, haceis lo que queréis como poderoso. Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿queréis sufra estas contrariedades? Sea ansi, mi Dios, pues vos lo queréis, que yo no quiero sino quereros. ¡Mas ay, ay, Criador mio! ¿Que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que vos queráis! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que vos queráis. Querred, gloria mia, que crezca su pena, ó remediadla del todo. ¡O muerte, muerte! ¡No sé quien te teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quien no temerá, habiendo gastado parte della en no amar á su Dios! Y pues soy esta, ¿qué pido, y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo permitáis vos, Bien mio, que os costó mucho mi rescate. ¡O ánima mia! Deja haberse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon dellas: no quieras gozar sin padecer. ¡O verdadero Señor, y Rey mio! Que aun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano, y grandeza, que con esto todo lo podré.

VII.

17. O esperanza mía, y Padre mío, y mi Criador, y mi verdadero Señor, y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites, con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. O Señor del cielo, y de la tierra! Y qué palabras estas para no desconfiar ningún pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleiteis, que buscais un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el Bautismo, que dice que os deleitais con vuestro Hijo. ¿Pues hemos de ser todos iguales, Señor? O qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! Y qué todo esto olvidemos los mortales? Acordáos vos, Dios mío, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor. O ánima mía! Considera el gran deleite, y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamacion con que el Espíritu Santo se junta con ellos: y como ninguna se puede apartar deste amor, y conocimiento, porque son una mesma cosa. Estas soberanas personas se conocen, estas se aman, y unas con otras se deleitan. ¿Pues qué menester es mi amor? ¿Para qué le queréis, Dios mío? O qué ganais? O bendito seais vos! O bendito seáis, Dios mío, para siempre! Aláben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en vos. Alégrate, ánima mía, que hay quien ame á tu Dios como él merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad, y valor. Dale gracias, que nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su único Hijo. Debajo deste amparo podrás llegar, y suplicarle, que pues su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes á apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado, y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: Engrandece, y loa mi ánima al Señor.

VIII.

18. O Señor Dios mío, y como teneis palabra de vida, á donde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas qué maravilla, Dios mío, que olvidemos vuestras palabras con la locura, y enfermedad que causan nuestras malas obras. O Dios mío, Dios, Dios, Hacedor de todo lo criado! Y qué es lo criado, si vos, Señor, quisiédes criar mas? Sois todo poderoso, son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras. Decís vos: Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados,

que yo os consolaré. ¿Qué mas queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Valame Dios, ó valame Dios! ¿Qué es esto, Señor? O qué lástima! O gran ceguedad! ¿Qué le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, destas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz, mirad que es mas menester, que al ciego que lo era de su nacimiento, que este deseaba ver la luz, y no podía; ahora, Señor, no se quiere ver. O qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. O qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío! Que queráis á quien no os quiere, que abrais á quien no os llama, que deis salud á quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad. Vos decís, Señor mío, que venis á buscar los pecadores: estos, Señor, son los verdaderos pecadores: no mireis nuestra ceguedad, mi Dios, sino á la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros: resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad: mirad, Señor, que somos hechura vuestra, valganos vuestra bondad, y misericordia.

IX.

9. O piadoso, y amoroso Señor de mi alma! También decís vos: Venid á mí todos los que teneis sed, que yo os daré á beber. ¿Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra? Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mío, de vuestra bondad que se la dareis: vos mesmo lo decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mío? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como estas, comenzad, Señor, en las cosas mas dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mío, que van ganando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí, ya que su desventura los tiene puestos en estado, que no quieren venir á vos, venid vos á ellos, Dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen á gustar de vos, resucitarán estos muertos. O vida que la dais á todos! No me negueis á mí esta agua dulcísima que prometéis á los que la quieren: yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo á vos: no es escondais, Señor, de mí, pues sabeis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por vos. O Señor, que